

Los maestros construyen el futuro



Por Cristina Uquillas
(ncujaramillo@yahoo.com)

“Un maestro afecta a la eternidad; nunca sabe dónde termina su influencia”. Esta frase de Henry Adams es muy conocida y a veces nos ha sonado muy repetida; es lo que solía pensar, hasta que la frase se convirtió en realidad. A los 17 años empecé mi carrera docente como profesora de primer año de Básica. Sin duda, una de las mejores experiencias de mi vida: quién sino la de un niño inocente que nos recibe en el aula con una gran sonrisa, corriendo a nuestros brazos y llenando nuestro corazón con gran alegría; un sentimiento que los padres y párvulos me comprenderán con facilidad.

Al año siguiente en la misma institución educativa como docente de séptimo año de Básica, tuve un grupo de estudiantes que, ya en la puerta de la adolescencia y frente a los esquemas sociales y al interés del qué dirán de los compañeros, olvidaron ya saludar con un gran abrazo. Como docente de adolescentes se vive otra etapa muy hermosa, como los chistes, las inquietudes, el niño con gel y peinado a la moda, o la niña con cabello suelto y pintalabios simulando ser adultos.

Al paso del tiempo, después de trece años, ya en otra institución educativa de

gran prestigio, mientras caminaba por el pasillo rumbo a la siguiente hora de clases, una estudiante se acercó a mi preguntándome si yo era la profe Cristina. Le respondí que sí y me abrazó fuertemente. Al principio no comprendí lo que sucedía, pero al momento ella me explicó con una gran sonrisa: «Yo soy Joselyn, hermana de Martín.

Usted fue profesora de él cuando estuvo en jardín y él siempre la ha buscado para darle las gracias porque cuando era pequeño mis papás se estaban separando y usted siempre le daba un abrazo al llegar

a la clase para que no se sintiera triste, así que él ahora me mandó a darle un abrazo a usted cada que la vea».

Ese momento me quedé sin palabras ya que todos los niños pequeños siempre saludan así, y como docente yo les correspondía, pero nunca supe que uno de esos niños, tal vez de manera anónima, se acercaba a mí por un abrazo exclusivo que para él en su inocencia era un abrazo para que no se sintiera triste en ese difícil momento que su familia atravesaba. La verdad es que no pude contener la voz quebrada y la abracé diciéndole: «Este abrazo es para tu hermano, y dile que algún día me visite, y gracias por este hermoso momento.» En verdad fue increíble.

Dos años después, en la misma Institución, sentada en el patio viendo a los estudiantes disfrutar de su recreo, a lo lejos divisé a un hombre alto con uniforme militar, que se acercaba a mí. Me puse de pie pensando que era un padre de familia. Se me acercó con un gran abrazo. Me sor-

Es increíble cómo una palabra o un acto de un maestro, muchas veces realizados sin querer o sin mucha reflexión, pueden influir de una manera tan determinante en la vida de un niño o de un adolescente.

prendí y lo retiré con un leve empujón. Pero se inclinó para abrazarme, y con una sonrisa me dijo: «Teacher, ¿no se acuerda de mí? Soy Alex, usted fue mi profesora en séptimo de Básica, yo era presidente del curso y usted me dijo que yo era una buena influencia y que tenía liderazgo para guiarles a mis compañeros, que sería un buen militar. Y teacher, ya soy teniente y la busqué para que me viera uniformado». Esta vez fui yo la que me puse de puntillas para abrazarlo y felicitarle.

Es increíble cómo una palabra o un acto de un maestro, muchas veces realizados

sin querer o sin mucha reflexión, pueden influir de una manera tan determinante en la vida de un niño o de un adolescente, al punto de determinar el futuro de esa persona.

Ahora trato todos los días de pensar muy bien mis palabras antes de dirigirme a un estudiante; incluso al momento de hacerles alguna broma trato de que siempre sea para bien y con un pequeño grado de motivación.

Ahora y después de que la frase de Adams se cumpliera en mi vida, soy consciente de que un docente es un ser determinante y trascendental en la vida de un estudiante. Somos quienes compartimos con ellos diez meses del año, muchas veces de manera diaria. Directa o indirectamente somos responsables del futuro de esos estudiantes. Doy gracias por la oportunidad de influir y que mis estudiantes también influyan en mi vida.

¡Arriba los maestros y gracias por todo!



Ahora trato todos los días de pensar muy bien mis palabras antes de dirigirme a un estudiante; incluso al momento de hacerles alguna broma trato de que siempre sea para bien y con un pequeño grado de motivación.

